

cayeron en poder de los sublevados, los cuales invadieron y saquearon muchas ciudades como Consentia, Turios, Metaponto, Nola y Nuceria. La guerra revistió entonces los caracteres de crueldad que en tales casos eran comunes: el mismo Espartaco, que era personalmente un hombre noble, y un prudente y hábil caudillo, no pudo impedir que las masas tomaran cruel venganza del mundo romano por las antiguas y recientes injusticias, y que en represalia de las crucifixiones á que los romanos condenaban á los prisioneros insurrectos, asesinasen á los prisioneros romanos, á los cuales con frecuencia obligaron á morir luchando como gladiadores. La animosidad nacional entre los procedentes de la península de los Balkanes y los celtas y descendientes de los teutones y cimbrios, que llegaron á formar juntos un ejército de 120,000 hombres, fué en un principio poco provechosa á los romanos.

Mientras, durante el año 72, las armas de los generales del Senado vencían así en España como en Asia, los sucesores de Varinio no podían hacer frente á Espartaco, cuyo plan consistía en atravesar la península de Sur á Norte y abrir desde los Alpes á las masas de sus soldados el camino para regresar á la patria. El Senado envió contra los insurrectos á los dos cónsules del año 72; pero mientras el pretor Quinto Arrio, como legado del cónsul Lucio Gelio, conseguía destruir en el monte Gargano á la division celta que, conducida por el propio Erixo, se dirigía con afán de rapina á la Apulia, Espartaco, despues de haber salido victorioso de varios sangrientos combates con los cónsules Cneo Léntulo y Gelio, logró atravesar la cordillera de los Apeninos y derrotar en Mutina á las tropas romanas de la Alta Italia. Con esto quedaba abierto á los esclavos sublevados el camino que conducía á sus hogares; pero los bárbaros vencedores no quisieron abandonar la Italia, pareciéndoles mejor asolar y devastar, sin plan alguno, la infeliz comarca. Espartaco se vió, pues, precisado á invadir de nuevo la península. Los insurrectos no se atrevieron, sin embargo, á dirigir un ataque contra Roma, como temían los habitantes de la capital. La Italia se vió, pues, de nuevo saqueada y entregada al incendio y á la rapiña por aquellas hordas, que llevaron su acción destructora hasta las mas apartadas comarcas meridionales. El Senado, entonces, hizo un grande esfuerzo, poniendo al frente de ocho legiones, como pretor, á Marco Craso, que tanto se había distinguido á las órdenes de Sila y que era uno de los mejores oficiales de que entonces podía disponerse. El nuevo general en jefe restableció desde luego con mano enérgica el orden y la disciplina en su ejército, hecho lo cual, empujó á las hordas de Espartaco hácia los territorios brutos del extremo meridional de Italia y procuró aislarlas de suerte que en vano intentaron abrirse paso hácia Sicilia, pues Craso había formado un cordón fortificado que abarcaba siete millas de extension, y cuyas bases eran la actual Castrovillari y Cassano. Espartaco consiguió, durante una noche de invierno, romper las líneas romanas y penetrar en Lucania; pero el desorden se había introducido ya en sus propias filas, y se le separaron los celtas y germanos que fueron luego aniquilados por el ejército romano. El mismo Espartaco, despues de un combate afortunado, se vió obligado por los suyos á aceptar una batalla decisiva en la Apulia, que terminó con su muerte y con la completa destruccion de sus fuerzas. Uno de los hechos que mas demuestran la barbarie que caracterizó esta guerra, fué el que llevaron á cabo los romanos crucificando en la vía militar de Cápua á Roma á 6,000 prisioneros.

Los restos del ejército de los sublevados fueron perseguidos y aniquilados por las columnas romanas, no de Craso, sino de Pompeyo.

#### V.—MUERTE DE SERTORIO. ESTADO DE COSAS EN ROMA

La difícil guerra de España había llegado á su término. Cuando comenzó á oscurecerse la estrella de Sertorio, entró el descontento entre los fugitivos romanos que en sus filas militaban (año 73): tramáronse conspiraciones y motines contra él, y el inevitable y sangriento rigor á que apeló el valiente caudillo, contribuyó á agravar su posición. Cuando, en el año 72, varios de los cómplices de una terrible conspiración, tramada en el seno del estado mayor del mismo Sertorio, fueron condenados á muerte ó al destierro, los que no habían sido descubiertos, á cuyo frente estaba Perpenna, que de mala gana se había puesto á las órdenes de Sertorio, se apresuraron á asesinar en Osca, durante una comida, á este heroico caudillo, reproduciendo la infamia cometida con Viriato. El miserable Perpenna, que entonces tomó el mando de sus tropas, fué derrotado poco despues por Pompeyo, el cual mandó darle merecida muerte. La guerra tocaba, pues, á su fin: solo las ciudades de Calagurris, Uxama (hoy Osma) y Clunia hubieron de ser tomadas por medio de las armas. Metelo y Pompeyo, entonces, reorganizaron las dos provincias hispánicas, hecho lo cual (71) pudieron regresar con sus ejércitos á Italia, donde Pompeyo consiguió acabar con los últimos 5,000 hombres de Espartaco: Pompeyo, que ambicionaba títulos de gloria, y que no titubeaba en recoger los laureles de una obra llevada á cabo por otro, lo cual le perjudicó andando el tiempo, escribió al Senado que él había conseguido extirpar de raíz el levantamiento de los esclavos.

El regreso de Pompeyo puso término á los movimientos que en Roma habían comenzado contra la constitución de Sila. Este general, ceñidas sus sienes con la corona de la victoria, y celebrado como el único héroe de la guerra hispánica, á pesar de los importantísimos servicios en ella prestados por el anciano Metelo, creó la situación política de la cual habían de salir una serie de afortunados ataques contra la república aristocrática. De vuelta á Roma, Pompeyo, contando como contaba con un ejército enteramente adicto á su persona, fué considerado como el hombre mas importante de la nación, junto al cual solo tuvo cierta preponderancia el vencedor de Espartaco, M. Craso. Sus deseos se dirigieron en primer término á la posesión del consulado, á la celebración de su triunfo, á la repartición de tierras entre sus soldados, y á la dirección de la guerra contra Mitridates. Estando como estaba el joven general afiliado al partido de los optimates, era de esperar que el Senado le dispensaría de los requisitos constitucionales que legalmente le impedían el logro de sus deseos, es decir, la posesión del consulado. De gran provecho para los intereses personales de Pompeyo fueron las relaciones que entabló con la democracia, la cual podía ayudarle poderosamente en la realización de sus últimos planes. Estas relaciones no fueron del todo nobles; pues Pompeyo solo prometió al demos, para conseguir el consulado, el restablecimiento del tribunado, con la idea de hacer de él un arma en su favor, y de conquistarse el aprecio del pueblo, que necesitaba para sus interesadas miras. La democracia, por su parte, difícilmente podía entrar en tratos con el que había vencido á Carbon, Lépido y Sertorio. Esto no obstante, Pompeyo era el hombre á quien se festejaba y á quien se saludaba con grandes esperanzas como héroe de la época; y se hacía tanto mas poderoso, cuanto que Marco Craso, hasta entonces poco amigo suyo, y aspirante al cargo de cónsul, se unió á él para compartir las ventajas de la situación, y privó de hecho al Senado de su ejército. Pompeyo y Craso, cuyos ejércitos estaban sobre las armas, fueron elegidos cónsules para el año 70, con cuyos peligrosos

precedentes quedaron destruidas las principales bases de la constitución de Sila. Pompeyo, además, consiguió, como cónsul, el restablecimiento de los plenos poderes de los tribunos de la plebe, y además, á causa de las diversas quejas que contra los tribunales senatoriales se levantaron, despojó al Senado de esta arma poderosa. Para mayor desgracia, los jurados senatoriales no pudieron evitar que se les acusara de venalidad. Los optimates, en la administración de las provincias, se habían distinguido cada vez mas como infames concusionarios; y en el año 70 vióse en Roma el proceso que el joven y fogoso orador Marco Tulio Ciceron instruyó, como mandatario de los sicilios, contra uno de los mas viles partidarios de Sila, Cayo Verres, que desde el año 73 al 71 había sido pretor en Sicilia, descubriendo una porción de atrocidades por él cometidas en aquella provincia. Era poco menos que imposible conseguir que los jurados senatoriales dictasen sentencia contra uno de los hombres mas influyentes del Estado; y en tales circunstancias no fué difícil la aprobación de la proposición, inspirada probablemente por Pompeyo y presentada por el pretor Lucio Aurelio Cotta, en virtud de la cual, el Senado solo debía proveer la tercera parte de las plazas de jurados, adjudicándose las otras dos terceras partes, una á los caballeros y otra á los plebeyos ricos que por su fortuna se aproximaban á estos. Segun parece, se concedió asimismo á los caballeros la provincia de Asia, como acontecia en otros tiempos, y se restableció la censura, tácitamente suprimida por Sila, siendo sus primeros nuevos representantes Cneo Léntulo y Lucio Gelio, que alejaron del Senado á 64 individuos, entre los cuales se contaban antiguos silanos en extremo impopulares.

Aquí terminó por de pronto la reacción contra las creaciones de Sila, deteniéndose tambien por algun tiempo Pompeyo en la carrera de sus ambiciones personales. Desde el momento en que el acto de prudencia llevado á cabo por Craso, al licenciar á su ejército, dispuso el temido peligro de una lucha entre los dos gobernantes para conseguir la supremacía en Roma, Pompeyo, que en medio de su ambición de supremacía no aspiraba al trono, ni quería tampoco violar la forma republicana, se vió obligado tambien á deponer las armas y á retirarse, una vez trascurrido el año de su consulado, al silencio de la vida privada. Su suerte, sin embargo, le tenía reservados nuevos y pomposos triunfos.

El modo brillante y afortunado con que el excelente Lúculo, como veremos mas adelante, dirigía la guerra contra Mitridates, llegando hasta á atacar el propio reino de Tigranes, apenas dejó á Pompeyo una perspectiva que pudiera hacerle esperar en una nueva demostración de sus fuerzas. Los corsarios, sin embargo, favorecieron sus intentos: el Senado, al enviar en el año 74 á L. Lúculo al Asia, había confiado á Marco Antonio, hijo del orador y padre del futuro vencedor de Filipos, la tarea de someter á los corsarios. Antonio no había sido afortunado en su empresa, antes bien, habiendo querido atacar á los cretenses, en la comarca de Cidonia, había sufrido una derrota tan vergonzosa que, despues de haber firmado un ignominioso tratado con los de Creta, hubo de sufrir en el año 71 todo el peso de su afrenta, sin haber podido regresar á Italia. La arrogancia de los piratas aumentó desde entonces de tal manera, los perjuicios que causaron fueron tan importantes, y los obstáculos que oponían al aprovisionamiento de Roma eran tan grandes, que el Senado confió á uno de los cónsules del año 69, Quinto Cecilio Metelo, pariente del Metelo de España, con el mando de la Macedonia, á donde fué enviado como pretor el año 68, la tarea de vengar por lo menos la humillación que les habían hecho sufrir los cretenses. El nuevo general desembarcó con tres legiones en Creta, derrotó por completo en

Cidonia á todas las fuerzas de la isla, que se elevaban á 24,000 hombres mandados por Lastenes y Panares, y, con crueldad extrema y horribles matanzas, fué sometiendo la isla ciudad por ciudad y canton por canton. Así prosiguió la terrible guerra de destruccion, hasta que en el año 67 Pompeyo intervino en este y en los demás asuntos del mundo oriental.

#### VI.—CAMPAÑA DE POMPEYO CONTRA LOS CORSARIOS

A principios del año 67, en un período en que se habían estacionado repentinamente las victorias de Lúculo, convenciéndose Roma de que en la lucha contra los piratas no había de procederse con contemplaciones, sino que debía atacarse tan temible calamidad haciendo una guerra en regla. Un favorito de Pompeyo, el tribuno A. Gabinio, que obraba por inspiración de aquel, presentó una proposición para que á fin de acabar con la piratería, se creasen un poder militar y una autoridad, como hasta entonces no se habían visto en Roma, y se concediesen á un solo general, cuyo nombre no decía, pero que todo el mundo comprendió que había de ser Pompeyo. Este general debía ser elegido por el Senado de entre los consulares, y estar investido, durante tres años, del supremo mando del Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta la Cólquide y la Siria, y de todos los territorios de la costa hasta diez millas en el interior del continente. Además, no solo debía contar con la escuadra existente, con un numeroso ejército y con 165 millones de reales, sino que había de tener el derecho de aumentar sus fuerzas hasta 120,000 infantes, 7,000 jinetes y 500 buques de guerra, para lo cual se le concedería la facultad de disponer incondicionalmente de todos los recursos que pudieran proporcionar las provincias, los Estados vasallos y el erario público, y de nombrar, una vez elegido, 25 legados de la clase senatorial.

Era innegable que convocando tantas fuerzas, aportando tales recursos y concentrándolos todos en una sola mano se había de extirpar el mal por completo; pero el Senado tenía grandes escrúpulos constitucionales contra una rogación que dejaba comprender claramente cuál era el general á quien había de confiarse el mando militar por espacio de tres años, y que, además de vulnerar en varios detalles la costumbre y la ley, hacía de hecho desaparecer al Senado y á los optimates ante la personalidad de Pompeyo. El resentimiento y la tenaz resistencia del Senado contra Gabinio indujeron á éste á dirigirse con su proposición al pueblo. Entonces se interpuso el otro tribuno de la plebe L. Trebelio, y para salvar este obstáculo, Gabinio propuso á los comicios la destitución de su colega. Ya diez y siete tribus se habían pronunciado contra Trebelio, cuando este evitó la cólera del pueblo, entusiasmado por Pompeyo, retirando el veto interpuesto. Las consideraciones que el consular Cátulo, universalmente respetado, expuso contra algunos puntos de la proposición no obtuvieron éxito alguno.

De esta suerte Pompeyo se vió investido de un poder extraordinario, y tal era la confianza que los romanos tenían en su genio, que los precios de los granos, tan elevados á causa de los piratas, comenzaron á bajar considerablemente. Pompeyo colmó rápida y completamente las esperanzas que en él se habían puesto, obrando desde luego con gran acierto y energía. Su plan consistió en atacar á la vez á los diseminados corsarios, que contaban con 1,600 buques (entre los cuales había muchas pequeñas lanchas de transporte y pocas biremes y trirremes), y en formar contra ellos una extensa muralla. Para esto, dividió el territorio que le había sido confiado en trece distritos militares, poniendo en cada uno de ellos á un legado, con el encargo de aprestar buques y



hombres, atacar luego por todas partes á los corsarios, y empujar hácia los otros legados los fugitivos. El general en jefe limpió de piratas las aguas de Cerdeña, Sicilia y Africa, y aseguró el transporte de granos á Roma, de tal suerte, que á los cuarenta días la piratería quedaba desalojada de la mitad occidental del Mediterráneo. Dirigióse entonces, con 60 buques, desde Brindis hácia la parte oriental del Mediterráneo, punto en donde se habían refugiado todos los corsarios; y teniendo en cuenta las circunstancias políticas, que tanto habían contribuido á robustecer la piratería, prohibió que se tratara á los prisioneros corsarios como criminales, y que, en su consecuencia, se les diese muerte; medida con la cual la resistencia que oponían estos á los romanos fué menguando sensiblemente. Una gran batalla naval ganada por Pompeyo junto á Coracesion, en las fronteras occidentales de Cilicia, acabó con las fuerzas de los piratas: á los tres meses de haber comenzado la campaña terminó la guerra. Entonces, pensando el general en sacar el mayor provecho de su victoria, en vez de matar ó vender á los 20,000 prisioneros que había hecho, decidió hacer de ellos útiles ciudadanos y los estableció como nuevos habitantes en distintos puntos, especialmente en la Cilicia oriental que había sido conquistada á Tigranes, en Dime (Acaya) y en Calabria, nombre que llevaba entonces la península del Sudeste de la Baja Italia. Desgraciadamente prodújose entonces un conflicto con Metelo que operaba en Creta. El resto de los cretenses no sometidos todavía, á quienes quería atraerse Pompeyo con su bondad, que contrastaba con la crueldad de Metelo, se sometió á Pompeyo, que los acogió benignamente. Esta conducta del vencedor de Coracesion no era muy delicada para con Metelo, pero no podía ser combatida, bajo el punto de vista jurídico, según la ley gabinia. El vencedor de Creta no se curó, sin embargo, de ello y prosiguió con mayor crueldad la guerra contra aquellas ciudades que se habían sometido á Pompeyo, á consecuencia de lo cual comenzó la lucha entre Metelo y el legado L. Octavio á quien Pompeyo había enviado á Creta y que había sacado tropas de Acaya: aquella lucha fué funesta para los cretenses. Según parece, Pompeyo en persona hubo de tomar, en la primavera del año 66, las armas contra Metelo. Entonces recibió Pompeyo el mandato, por tanto tiempo esperado, de ponerse al frente de la guerra que en gran escala debía hacerse contra Mitridates y Tigranes.

VII.—BRILLANTES VICTORIAS CONSEGUIDAS POR LÚCULO CONTRA MITRIDATES: SUS NUEVAS VICTORIAS EN ARMENIA

El intrépido Lúculo había comenzado, como hemos visto, durante el otoño del año 73, el ataque contra los territorios póntricos de Mitridates; y como este rey carecía de medios para hacer frente en campo abierto á los romanos, pudo Lúculo, después de establecer por medio de divisiones destacadas, un bloqueo en las ciudades importantes de la costa, como Sinope, Amisos y otras, atravesar sin obstáculo alguno el Halis y dirigirse hácia el Este, llegando hasta el Iris. Por fin, durante la primavera del año 72, pudo Mitridates juntar en Cabira (después Neocesárea y hoy Niksar), ciudad situada junto al Licos, afluente oriental del Iris, un ejército mandado por Taxiles y Diofanto y compuesto de 40,000 infantes y 4,000 jinetes, reclutados en su mayor parte en las comarcas septentrionales póntricas. Lúculo solo contaba con tres legiones para hacer frente á tales fuerzas. Durante mucho tiempo no pudieron los dos ejércitos encontrarse en campal batalla; cuando, sin embargo, Marco Fabio Adriano, legado de Lúculo, consiguió derrotar en sangriento combate á la caballería pónica que hasta entonces había logrado impedir que los romanos llegaran al Halis, introdujose un gran pánico en el campamento real, apoderándose el terror del mismo Mitridates.

Entonces el ejército pónico emprendió una precipitada fuga, y pudo Lúculo inferirle una nueva y desastrosa derrota. Enérgicamente perseguido, hubo Mitridates, con solos 2,000 jinetes, de refugiarse á fines del año 72 en Talaura, en los territorios armenios.

La guerra parecía terminada desde el momento en que Tigranes de Armenia recibió muy friamente á su suegro y no le permitió llegar hasta su residencia. Lúculo sometió fácilmente todo el país del Ponto hasta Trapezunte, y, después de una larga y tenaz resistencia, dirigida en los mas de los puntos por los corsarios, cayeron también en poder de los romanos las grandes ciudades marítimas que se alzaban desde Bitinia, Heraclea y Tios hasta Amisos. En el año 70 firmó también la paz con Lúculo el hijo del rey, Machares, que estaba de gobernador en el reino del Bósforo. El general romano, que entre tanto había destruido en Tenedos los restos de la escuadra pónica que regresaba de España, y amnistiado y acogido benévolamente en su ejército á los fugitivos romanos del Asia, procuró aprovechar el tiempo para salvar á la provincia asiática de la desastrosa situación económica en que se encontraba desde que Sila la había sujetado á exorbitantes impuestos. La usura de los banqueros itálicos había hecho elevar las deudas en esta provincia á 120,000 talentos, carga que crecía en tales proporciones que Lúculo, con gran contento de los asiáticos, ordenó que el interés máximo fuese de doce por ciento, que no pudiesen percibirse intereses de intereses, y que solo fuese permitido embargar la cuarta parte de los bienes de los deudores. El bravo general no sospechaba que estas disposiciones, conformes con la equidad, habían de atraer sobre él el odio feroz de los caballeros romanos y de proporcionar á sus enemigos un pretexto para precipitar su caída.

Dado el carácter de Mitridates, que, entre otras cosas, había mandado asesinar, en su fuga á Armenia, á las mujeres de su harem de Farnacea (Cerasunte), á fin de que no cayeran en poder de los romanos, se comprendía que la guerra no podía terminar hasta que muriese ó fuese hecho prisionero el poderoso enemigo de Roma. En tanto que la lucha se circunscribía á las ciudades marítimas del Ponto, envió Lúculo uno de sus oficiales, Apio Claudio, al campamento armenio, para exigir la entrega del rey pónico: el armenio, sin embargo, lejos de entregar á los romanos á su suegro, encargóse de la guerra contra la República. Lúculo había ya previsto esto: la guerra contra Armenia que era para Roma inminente desde el momento en que Tigranes había dirigido sus ataques contra los territorios capadocios y sirios, no podía llegar á mejor tiempo, pues España é Italia estaban pacificadas y el poder de Mitridates casi había quedado aniquilado. Solo se necesitaba que el Senado romano guardara las espaldas al mejor de sus generales, tan probo en la política como Metelo, y que el imperator hispánico le defendiera contra los enemigos que en su propia patria tenía, y aumentase debidamente el ejército del Asia. La temeridad de Lúculo al querer atacar el extenso reino de Tigranes era realmente extraordinaria; no solo porque únicamente contaba con 30,000 hombres, la mitad de los cuales debía guarnecer las comarcas póntricas, sino porque muchos de sus veteranos estaban descontentos y cansados de la guerra. Las tres antiguas legiones de Fimbria exigían cada vez con mayor insistencia su licenciamiento, que bien merecido lo tenían después de trece campañas. Uno de los inconvenientes que tenía Lúculo y que le fué muy funesto, era que, á pesar del talento con que mantenía la disciplina en sus filas y evitaba que sus soldados saqueasen las ciudades griegas, ó maltratasen á los vencidos, por su carácter frío y aristocrático y por su educación griega no había sabido ha-

cerse popular entre sus tropas, que solo veían en él á un optimista, y atraérselas á su persona como en otros tiempos habían conseguido Sila y el vencedor de Zama.

Esto no obstante, su genio militar consiguió llevar á cabo una imponente campaña que nos recuerda en muchos puntos las hazañas de Clive (1) en la India. En efecto, en la primavera del año 69, Lúculo, con solos 12,000 infantes y 3,000 caballos, atravesó la Capadocia oriental, se dirigió hácia el Eufrates superior, pasó este río en la comarca de Melitene y avanzó con temeraria audacia por el territorio armenio y por Amida (en la parte superior de las fuentes occidentales del Tigris) marchando directamente á Tigranocerta. Derrotó en seguida las tropas que contra él habían sido enviadas y atacó, aunque sin éxito, la misma capital. Entre tanto Tigranes había reunido un poderoso ejército con el cual esperaba vencer fácilmente á los romanos: cuando en 6 de octubre del año 69, al frente de 155,000 infantes y 55,000 jinetes, 17,000 de los cuales iban armados de lanzas, divisó en el río Niceforios los 10,000 infantes y los 3,000 jinetes de Lúculo, exclamó con la arrogancia del que está seguro de la victoria: «Para embajada son muchos y para ejército pocos.» Pero el prudente táctico romano se posesionó con dos de sus cohortes de una altura dominante, que los armenios habían descuidado ocupar, y mientras su caballería atraía á la armenia, lanzóse él desde la colina sobre la retaguardia de los escuadrones enemigos, obligando á estos á huir hácia donde se encontraba la infantería del rey, que todavía no se había puesto en orden de batalla. El numeroso ejército de Tigranes colocóse en confuso monton, sin que nadie pensara en librar una batalla en toda forma, sino únicamente en salvarse cada cual á sí mismo. El ejército armenio sufrió en su consecuencia una derrota que recordaba las inferidas por Alejandro Magno á los persas, experimentando además grandes pérdidas en su fuga, pues los romanos lo persiguieron por espacio de tres millas.

Esta victoria fué de inmediatos y satisfactorios resultados para los romanos. Tigranocerta, donde debían encontrar recursos de todas clases, se rindió á ellos: la ciudad fué saqueada y luego des poblada, pues Lúculo envió á sus antiguas residencias á los habitantes que por fuerza se habían establecido en la nueva capital. Toda la Siria se sometió á los romanos, y Lúculo, que asaltó después á Samosata, en Comagene, junto al Eufrates, reconoció como caudillo de aquella comarca al Selúcida Antíoco XIII que pudo aparecer entonces como rey. Solo la energía y la tenaz perseverancia de Mitridates pudieron evitar á Tigranes, que quería firmar á toda costa la paz, tal humillación: el rey pónico encargóse en aquella ocasión de la dirección de la guerra. No había que contar ciertamente con los partos, pues su rey Frates III, «el Dios», se mantenía neutral desde el año 70 y se había apresurado á firmar con Lúculo un tratado que le aseguraba las fronteras del Eufrates. Pero en cambio, el anciano rey, con una habilidad peligrosa para los romanos, supo inflamar en contra de éstos el espíritu nacional de los pueblos asiáticos de las comarcas del interior, llegando á reunir poco á poco un ejército de 70,000 infantes y 35,000 jinetes con el propósito de defender con ellos sistemáticamente los territorios interiores de la Armenia.

VIII.—DESGRACIA Y REVOCACION DE LÚCULO. POMPEYO NOMBRADO GENERAL EN JEFE. SUMISION DE TIGRANES Y DE MITRIDATES

Mientras esto acontecía en el Asia, la situación de Lúculo se veía amenazada desde Roma: las intrigas de sus adversarios,

(1) Clive, gobernador inglés de Bengala, que en 1755, después de arrojar á los franceses de los puertos del Ganges, obligó á los nababs de la India á reconocer la dominación inglesa. (N. del T.)

los ultrajados caballeros, produjeron su efecto; el Senado era bastante débil é imprudente para posponer el excelente general á los banqueros, con los cuales no quería romper por completo la nobleza. En tanto que se arrebataba á Lúculo la provincia asiática y que se cedía la Cilicia, con tres nuevas legiones, al cónsul Q. Marcio Rex, crecía, á excitación de muchos oficiales, entre ellos el joven inepto Publio Clodio, cuñado de Lúculo y enemistado con él, el descontento de los veteranos cansados de la guerra, descontento que el general no supo dominar. A pesar de esto, Lúculo se atrevió, durante el verano del año 68, á emprender la marcha hácia el interior de la Armenia con el propósito de atacar la antigua capital Artaxata, llamando para ello una parte de las tropas que había dejado en el Ponto, donde su presencia no era ya necesaria desde el momento en que quedaba asegurada la base de Tigranocerta. A pesar de los obstáculos que á su marcha por un país desconocido oponían á los romanos los accidentes del terreno y los ataques de la caballería enemiga, consiguió Lúculo atravesar la comarca del lago Wan y llegar hasta la corriente superior de la fuente oriental del Eufrates. Pero cuando comenzó el crudo y prematuro invierno armenio, los soldados descontentos se amotinaron, y Lúculo se vió obligado á emprender la retirada. Entonces la fortuna le abandonó. Ciertamente su genio y su habilidad consiguieron conducir, sin sufrir pérdida alguna, su ejército desde Armenia á la Mesopotamia, y tomar por asalto la importante ciudad de Nisibe, donde podían establecerse los cuarteles de invierno; pero en el entre tanto Mitridates y Tigranes se arrojaron con numerosas fuerzas sobre las débiles guarniciones romanas del Sur de Armenia y del Ponto, cuyas poblaciones cayeron de nuevo en poder de su antiguo señor. Los legados Fannio, Adriano y Triario se encontraron en una posición sumamente crítica; por lo cual hubo Lúculo de decidirse, durante la primavera del año 67, á salir de Nisibe y á dirigirse hácia el Noroeste, llegando á tiempo de salvar el ejército de Fannio y de unirlo al suyo. En cuanto á Triario, la temeridad de sus soldados le había obligado á aceptar una batalla contra Mitridates, en la cuenca del Alto Iris, entre Gaziura y Ziela, en la cual los romanos fueron completamente derrotados, y el rey pónico gravemente herido. Cuando Lúculo se disponía en Talaura (Pequeña Armenia) á atacar de nuevo á los póntricos y armenios, recibió la infausta noticia de que, á principios del año 67, al nombrarse á Pompeyo general en jefe contra los corsarios, el pueblo, ó por mejor decir, los demócratas y caballeros de Roma, habían acordado licenciar á los veteranos del ejército del Asia, especialmente á los antiguos fimbrianos, y exonerar á Lúculo del mando, reemplazándole con uno de los cónsules de aquel año, Manio Acilio Glabrio, que había llegado ya al Asia. En tales circunstancias, la cuestión asiática tomó un giro funesto para los romanos. Glabrio no se manifestó inclinado á tomar desde luego la dirección de una guerra que de improviso se había hecho tan ardua de proseguir. Lúculo, que hubo de continuar con el mando, pidió en vano auxilio al gobernador de la Cilicia; los fimbrianos exigieron su inmediata deposición, y solo á duras penas consintieron en permanecer provisionalmente sobre las armas, de manera que no le quedó mas recurso que regresar del Asia, con lo cual pudo Mitridates recobrar todo el Ponto, y Bitinia y Capadocia quedaron indefensas y á merced de su caballería.

A esto habían conducido los ruines procedimientos de los partidos en Roma. En tales circunstancias, pensóse en confiar la vindicación del honor de las armas romanas á Pompeyo, que había vencido á los corsarios y que se encontraba todavía en el Asia Menor. Pero como ni el Senado quería robustecer el poder de este odiado gobernante, ni los demó-